

SIMONE WEIL: LA EXPERIENCIA DEL PADRE NUESTRO

Hasta el mes de septiembre pasado nunca en mi vida había rezado, ni siquiera una vez, por lo menos en el sentido literal de la palabra. Nunca había dirigido en voz alta o mentalmente una palabra a Dios. Nunca había pronunciado una oración litúrgica...

El verano pasado, estudiando griego con Gustave Thibon (un amigo propietario de un viñedo), preparé para él una traducción literal del Padre Nuestro en griego. Habíamos hecho el propósito de aprenderla de memoria. No creo que él lo haya hecho, y en aquel momento tampoco yo. Pero, algunas semanas después, ojeando el Evangelio, me dije a mí misma que, dado que me lo había propuesto y era algo bueno, debería hacerlo. Y lo he hecho.

La dulzura infinita de este texto griego me arrebató de tal modo que por algunos días no pude dejar de recitarlo dentro de mí continuamente. Una semana más tarde, comencé trabajar en la vendimia. Cada día recitaba el Pater Noster en griego antes de comenzar el trabajo, y lo repetía muchas veces mientras estaba en la viña.

Desde entonces, me impuse, como única práctica, recitarlo cada mañana con atención absoluta. Si, mientras lo recito, mi atención se desvía o se adormece aunque sea solo mínimamente, vuelvo a empezar hasta conseguir una atención absolutamente pura. Me sucede a veces de querer repetirlo otra vez por puro deleite, pero lo hago solamente si el deseo me impulsa. El poder de este ejercicio es extraordinario y me sorprende cada vez. Cada día supera mi expectativa.

A veces ya las primeras palabras arrancan mis pensamientos de mi cuerpo y los transportan a un punto fuera del espacio donde no existe ni perspectiva ni punto de vista. El espacio se abre. La inmensidad del espacio ordinario de la percepción es sustituida por un infinito a la segunda, a la tercera potencia. Al mismo tiempo esta infinidad de infinito se llena, de extremo a extremo, de silencio, un silencio que no es ausencia de sonido, que es objeto de una sensación positiva, más positiva que ningún sonido. Los ruidos, si existen, me llegan solo después de haber atravesado este silencio.

A veces también, mientras recito, o en otros momentos, Cristo está presente en persona, pero de una presencia infinitamente más real, más impresionante, más evidente y más llena de amor que la primera vez que me tomó consigo.